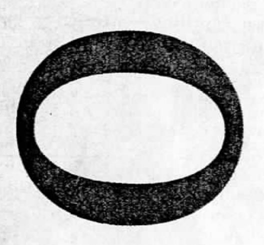
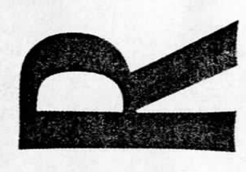
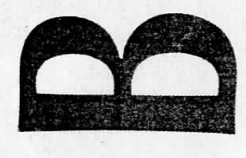
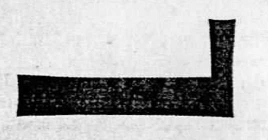







ÁNGEL ÁLVAREZ CABALLERO: *El baile flamenco.* **Alianza Editorial. Madrid, 1998. 410 págs. Contiene ilustraciones.**

La Macarrona, La Malena, La Mejorana, El Estampío, Vicente Escudero, Antonia Mercé, La Argentinita, Rosario y Antonio y tantas otras grandes figuras del baile flamenco discurren a lo largo de estas páginas acercando al lector a ese mundo, mitad desconocido, mitad inventado, que para muchos es todavía el Flamenco en todas sus variantes.

Autor de otra obra clásica dentro de la bibliografía de este género, *El cante flamenco*, Álvarez Caballero destaca siempre por su ameno estilo unido a una gran capacidad de síntesis y de narración de las facetas más relevantes dentro de cada estilo explicado. Al igual que hizo en esta anterior obra, en la que hoy comentamos hace un repaso histórico desde los primeros pasos (lo que él denomina "los primitivos" los "bailes de candil") pasando por la etapa dorada del café cantante, la época de Granada y las zambras, los años del teatro y, por último, de los tablaos a los festivales y el presente.

En cada uno de estos apartados da abundante información sobre los personajes que marcaron cada época y, sobre todo, describe el ambiente con mucha credibilidad apoyándose en casi todas las ocasiones en textos contemporáneos de otros conocidos artistas e intelectuales. De esta manera, utiliza como fuentes muchos de los escritos que dejaron algunos de los grandes viajeros del siglo XIX: Charles Davillier, Gustavo Doré, Teófilo Gautier, Richard Ford, Cunninghame Graham, Alejandro Dumas (padre) o el pintor sueco Egron Lundgren quien, impresionado por lo que vio en su visita a Granada, llegó a retratar una gran fiesta de gitanos. Otra inestimable fuente son los testimonios de Estébanez Calderón que dedica su segunda "Escena Andaluza" íntegramente al Flamenco.

Es muy interesante observar a lo largo de toda la obra cómo describe el autor a las primeras mujeres bailaoras y cómo, en contraste con el cante y muy en especial con el toque, el baile ha sido desde sus orígenes una parcela mayoritariamente femenina a pesar de los grandes bailaores que ocupan las páginas de esta historia. Un caso curioso y memorable fue el de la bailaora y guitarrista Trinidad Huertas "La Cuenca", de la que se dice que pudo ser la primera que bailó la soleá de Julián Arcas. De ella además se sabe que fue la primera en vestirse de hombre para el baile. Una hermosa fotografía aquí recogida así lo testimonia.

La época del café cantante, como ya es sabido, fue el motor de explosión del arte flamenco. A partir de que este arte pasó a ser espectáculo la necesidad de que el programa ofrecido fuera bueno, entretenido y de calidad se convirtió en el objetivo prioritario, amén de otras particularidades de este tipo de locales. Los artistas competían por figurar en el mejor cuadro flamenco para, así, lograr el reconocimiento y la fama esperados. No obstante, no era oro todo lo que relucía y muchas señoritas, fueran bailarinas o no, eran obligadas a alternar con los clientes. A propósito de este sórdido aspecto, existen también relatos de célebres personajes como el del nicaragüense Rubén Darío, quien se compadecía amargamente de los profesionales del cante y del baile y que, a su juicio, eran obligados "a una comercialización que los aproxima más al ambiente prostibulario". En este sentido existen multitud de comentarios, de propios y de extranjeros, y todos concluyen más o menos en una idea común: se trataba de lugares donde la manzanilla, las mujeres y la chulería eran moneda corriente y la juerga su única finalidad. Lo que por un lado sirvió de trampolín a este tipo de arte y de artistas fue por el otro su propia fosa hasta que este arte consiguió recuperar la dignidad ansiada. Los primeros nombres conocidos dentro del baile flamenco coinciden con el último tercio del siglo XIX y todos ellos salieron de los cafés cantantes.

Encontrar las raíces del flamenco, en cualquiera de sus variantes, nunca ha sido fácil para ningún investigador o músico pero mientras que el cante y el toque parecen estar más documentados desde aquellos primeros personajes como El Planeta o El Fillo, el baile siempre ha sido más difícil de precisar. Probablemente sea esa cualidad intrínseca que tiene de ser algo natural y espontáneo la que lo convierte en un arte difícil de aprehender, al menos cronológicamente hablando. Que los gitanos han bailado siempre parece una evidencia pero… ¿desde qué momento puede documentarse este género? Eso es lo que el autor intenta ir desgranando a lo largo de toda la obra, explicando los pormenores de unos y otros artistas y de los diferentes estilos que, en su mayor parte, partieron de la escuela bolera, el zapateado, el tango, etc.

El capítulo que dedica a la saga de los Ortega es de gran interés, especialmente por el árbol genealógico, tan indispensable para seguir el rastro de

1998